

LUCES Y SOMBRAS DE LA IGLESIA EN CENTROAMERICA

Ignacio Ellacuría



1. Introducción

La actualidad de los países centroamericanos, lejos de disminuir con el paso del tiempo, se acrecienta cada vez más. Algo grave, muy grave para la humanidad y para los sistemas socio-políticos y económicos que la configuran, está pasando en el istmo centroamericano. El Presidente Reagan convoca conjuntamente a las dos cámaras del Congreso norteamericano para hablar con dramatismo y con urgencia de lo que está ocurriendo en El Salvador y en Nicaragua principalmente. Se forman grupos de naciones como el de Contadora (México, Colombia, Venezuela y Panamá) con el fin de ayudar a resolver el conflicto centroamericano. Otras naciones en la Comunidad Económica Europea y en las Naciones Unidas muestran también su preocupación; España dice estar dispuesta a acudir en cuanto se le llame. Juan Pablo II dedicó hace pocos meses un largo viaje que recorrió nación por nación. La actualidad y la gravedad de lo que está ocurriendo es innegable.

La Iglesia es en esta área geográfica una de las fuerzas sociales importantes, al menos a la hora de mover conciencias y a la hora de poner su peso moral en favor de una u otra solución. Lo es, sobre todo, a la hora de influir como fermento real entre un pueblo que es fundamentalmente creyente y en buena

medida practicante. ¿Qué le pasa al pueblo de Dios en esta situación tan dramática? ¿Qué hace para cambiarla? ¿Qué hace Jerarquía, sacerdotes y religiosos, delegados de la Palabra, comunidades de base? No es fácil dar una respuesta, pero sí es urgente mostrar algunos aspectos del problema que representa la presencia eclesial en un mundo tan crítico y frente al cual tiene tanta responsabilidad. El problema es en sí mismo discutido y se presta a mutuas descalificaciones entre distintos miembros de la misma Iglesia, cuyas tensiones y divisiones no pueden esconderse, como tampoco pueden esconderse sus espléndidos ejemplos evangélicos de toda índole y sus debilidades y claudicaciones mundanas.

No vamos a detenernos aquí en describir ese "mundo" peculiar al que se dirige la misión evangelizadora y salvífica de la Iglesia centroamericana. Pero no debemos perderlo de vista en ningún momento. De lo contrario erraríamos teológicamente en el mismo enfoque de la cuestión y nos quedaríamos sin punto de referencia histórico para comprobar la validez evangélica de la acción de esa Iglesia particular, que es la Iglesia Centroamericana. Más todavía por tratarse de un mundo dramático, inusual, lleno de complejidades, frente al cual haría falta una gran clarividencia y una fuerte dosis de audacia. ¿La ha tenido la Iglesia? ¿La está teniendo? ¿Que responsabilidades ha tenido en lo que ha dejado de hacer? ¿Ha habido tal vez connivencia con el mal y el pecado, con la injusticia estructural, al no haber sido capaz de hacer un análisis adecuado de la situación y al no haberla enfrentado con la debida audacia evangélica?

2. Tipología de las respuestas eclesiales al problema centroamericano.

Antes del Vaticano II algunos prominentes obispos se percataron del profundo mal social que aquejaba a los países centroamericanos. Iluminados por la doctrina social de la Iglesia denunciaron vigorosamente las desigualdades e injusticias y propusieron remedios, quizá no muy radicales ni efectivos, pero sí serios. Plantearon seriamente el problema y exigieron seriamente su solución. No estuvieron de espaldas a los dolores de sus pueblos, no tuvieron miedo frente a los poderosos y supieron juntar en forma apreciable el anuncio de la fe y la promoción de la justicia, la evangelización y la acción en favor de las inmensas mayorías centroamericanas.

Con la irrupción de Medellín (1968) el desafío se hace más urgente. El diagnóstico está claro y están claras las pautas de acción. Pero, ¿podrá la Iglesia como un todo en su jerarquía, en sus miembros, en las comunidades de base, en los distintos movimientos eclesiales responder al llamado de Medellín y convertirse en una verdadera Iglesia de los pobres, que enfrente y supere la situación de injusticia desde la fuerza del evangelio más allá de la prudencia institucional? Un pretexto se va a alzar inmediatamente para dificultar la acción: el fantasma del comunismo. Un comunismo que en Costa Rica, Panamá e incluso Honduras sigue los viejos cauces de la burocracia partidista y de los movimientos sindicales, pero que en Nicaragua, Guatemala y El Salvador toma forma distinta como organización popular y movimiento armado. Este hecho tipifica a distintos grupos eclesiales y es causa de conflicto y de división.

a) Toda una parte de la Iglesia parece regirse por el principio de "cualquier cosa antes que el comunismo". El comunismo es intrínsecamente malo porque es ateo, materialista y predica la lucha de clases. Su triunfo sería un mal intrínseco y llevaría a la Iglesia a situaciones que no quiere vivir. Los sostenedores explícitos o tácitos de esta concepción apelan constantemente a lo que ocurre en los países del Este -con especial hincapié en Polonia, Hungría y Checoslovaquia-, a lo que ocurre en Cuba y a lo que, según ellos, va a ocurrir en Nicaragua.

Reconocen estos eclesiásticos que la situación es en algunos países realmente injusta, gravemente pecaminosa, negación del Reino de Dios. Reconocen que hay pobreza que clama al cielo, que hay represión intolerable, que los asesinatos, las torturas y los desaparecidos constituyen una nube oscura, que la Iglesia no puede tolerar. Pero entre ese mal y el mal del comunismo, no hay duda en la elección. Es mejor tolerar ese mal que caer en manos del comunismo. En vano se les recuerda que en Cuba no se ha asesinado a ningún agente de pastoral, ya no digamos a un sacerdote o a un arzobispo. No importa. Ya los matarán y si no los han matado es porque no les conviene; cuando les convenga lo harán porque son gente sin humanismo y sin corazón, son gente sin Dios. Lo que está pasando en El Salvador y en Guatemala es algo malo, pero pasará, porque en los regímenes no comunistas hay posibilidad de cambio. Si en cambio se cae una vez en manos del comunismo, de él ya no se saldrá nunca.

Por otro lado -acusar- ese marxismo está infiltrado ya en una parte de la Iglesia, en aquella que denuncia a los ricos y proclama el derecho de las mayorías populares a buscar su propia liberación y a resistir la violencia que se les hace. Según esta parte anti-comunista de la Iglesia, esa otra parte de ella que llaman Iglesia popular es también responsable de la violencia: no ha sabido acercarse a los ricos para pedirles conversión y se ha acercado a los pobres para animarles en la revolución. Como se ve este sector de la Iglesia no hace sino repetir lo que es el esquema de la Administración Reagan para la interpretación y la acción en su traspatio de Centroamérica y que el propio Presidente ha teologizado como una lucha entre el bien y el mal, donde el mal es claramente el comunismo soviético y el bien el sistema capitalista norteamericano.

A este grupo de la Iglesia pertenecen obispos, sacerdotes, fieles, movimientos religiosos. No son quizás muchos, pero sí son poderosos. Entre los fieles pertenecen a este grupo por lo regular las clases adineradas, que hacen el heroico esfuerzo en estas tierras de juntar riqueza y fe cristiana; pertenecen también los sacerdotes, no pocos si consideramos el número relativamente muy pequeño de los ricos en Centroamérica, que están al servicio incondicional de esas gentes. Quizá en su estado puro no se encuentre a mucho miembro aparente de la Iglesia que formule el "cualquier cosa antes que el comunismo" y que lo ponga en práctica. Pero el influjo latente de la tendencia es serio. Con el agravante de que con facilidad se llama comunismo a cualquier actividad de denuncia o a cualquier promoción de la organización popular, y con el agravante más sutil de no saber o no querer distinguir entre diversas formas de marxismo.

b) Hay otra parte de la Iglesia, cuyo principio fundamental sería "ni esto, ni lo otro": ni la injusticia estructural, ni la represión, ni el estado de violencia, pero tampoco el comunismo, el marxismo leninismo. Este grupo no legitima la intervención norteamericana, ni el envío de armas para la muerte, ni las acciones encubiertas de la CIA, ni los grupos paramilitares, ni los miles de asesinatos y desaparecidos. Pero tampoco aceptan ponerse de la parte contraria, sobre todo en el caso de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, porque esa parte contraria sería marxista e impondría un marxismo que no sería bueno ni para la Iglesia ni para el pueblo.

Esta posición es más sutil y admite muy diversas variantes. Por ejemplo, en Nicaragua sostiene que estaba mal el somocismo contra el que combatieron, pero que está también mal el sandinismo, contra el que también combaten; en El Salvador dirán que está mal lo que ha hecho el Estado durante estos años, pero que hay que fomentar una vía media en que se dejen por fuera a los extremos para hacer un centro democrático y progresista que junte libertad con justicia, que deje moverse a la Iglesia institucional; en Guatemala dirán que no se puede confiar en la guerrilla por su inspiración marxista y por sus métodos violentos, pero que hay que salir también de la tragedia pasada por el camino de las elecciones. Con mayor razón en Costa Rica y Panamá se fomenta una vía democrática, más o menos progresista, sin preguntarse si por el mejoramiento de esa vía puede irse muy lejos en la superación de los males del capitalismo tan condenado por el magisterio de la Iglesia, sobre todo recientemente, como el comunismo. Esta misma actitud paraliza a la Iglesia de Honduras, a la que a veces pareciera que lo que tienen como forma de gobierno es ya un bien aceptable que hay que conservar y apoyar.

Pero esta Iglesia que tiene bastante claro "ni esto ni lo otro" no tiene claro qué es lo que históricamente hay que hacer para traer la justicia y la paz a los pueblos que le han sido confiadas. Cuando esta Iglesia toma con seriedad el "ni esto ni lo otro" y no se decanta de hecho en favor de una mejora del **status possidentis** realiza tareas buenas. Evangeliza de modo que su anuncio vaya más allá del horizonte capitalista y del horizonte comunista; denuncia lo que unos y otros hacen de gravemente contrario a la fe cristiana y a la dignidad de los hijos de Dios. Y como las violaciones de los derechos humanos se cometen cuantitativa y cualitativamente mucho más por la parte en el poder que por la parte en la oposición -en el caso de El Salvador esto es meridianamente claro-, puede incluso esta Iglesia aparecer como progresista y profética, cuando realmente es consecuente hasta el final con su postura. Aunque es una Iglesia en la que predomina la prudencia ética sobre el profetismo evangélico, con frecuencia hace las cosas bastante bien y contribuye en alguna medida a la mejora de la situación.

Podría decirse que una buena parte, tal vez la mayor parte de la Iglesia en Centroamérica, se acerca a esta posición, aunque con distintos matices. Pero en casos, como el de Nicaragua,

se aprecia más su lucha contra el sandinismo que la condena de la violencia que actualmente están haciendo los grupos armados antisandinistas para derrocar al gobierno, por lo cual el "ni eso ni lo otro" se va tornando a "mejor lo otro (el proyecto impulsado por el capital y por Estados Unidos) que esto (el proyecto popular sandinista)". Con la excepción de Nicaragua donde la violencia de los antisandinistas es vista al menos con condescendencia por buena parte de la Iglesia jerárquica, el rechazo de la violencia "venga de donde venga" lleva a ver con recelo y aun con rechazo la violencia revolucionaria, que aun en el caso de verla como justa no se la ve como viable para conseguir los fines de justicia que se propone. Por lo cual la balanza de "ni esto ni lo otro" se convierte en la práctica en actitudes, al menos tolerantes, con las prácticas gubernamentales, excluido curiosamente el caso de Nicaragua.

c) Hay finalmente otra parte de la Iglesia, cuyo principio rector en lo que toca a su enfrentamiento con la injusticia, no es tan fácil de enunciar, pero que podría simplificarse en esta formulación: "hay que correr los riesgos que sean necesarios para terminar con la situación de injusticia y violencia que domina en la zona, sobre todo en países como Guatemala y El Salvador.

Entre esos riesgos está el acceso al poder de los grupos revolucionarios, si es que son capaces de terminar con la injusticia y con la violencia. Si esto favorece al Este en su confrontación con el Oeste, si esto debilita la posición norteamericana en el área, si esto pone en desventaja a las clases adineradas y medias, habituales clientes de la Iglesia, si esto lleva a sacrificios políticos importantes en el orden de la libertad partidista, etc., será un precio penitencial que se debe pagar. Pero todos esos presuntos males son muy inferiores al mal casi absoluto que predomina en las situaciones actuales. Cuando está en juego el derecho a la vida, otros derechos pueden pasar a segundo plano; cuando está en juego el derecho a la satisfacción de las necesidades básicas materiales, otros derechos pueden esperar a cobrar su plena realización; cuando están de por medio los derechos fundamentales de las inmensas mayorías, secularmente pisoteados, pueden esperar los derechos -prácticamente privilegiados- de las minorías que confunde su **status** actual con un derecho natural.

Desde esta perspectiva y con esta orientación la parte de

la Iglesia que sustenta este punto de vista suele ver con simpatía a los movimientos revolucionarios como contradictores principales del capitalismo dominante. No está de acuerdo ni con la ideología de los mismos ni con muchas de sus prácticas, pero le parecen más representativas de un posible proyecto popular y más corregibles que la de sus contrarios, hoy en el poder. Tal fue el caso de la Iglesia jerárquica nicaragüense en el último tiempo de Somoza -pero no olvidemos que el somocismo convivió pacíficamente con la Iglesia por más de cuarenta años- que reconoció la justicia de la insurrección armada contra un régimen violento e injusto. Pero sobre todo tal fue el caso de Monseñor Romero, hoy reivindicado en su pastoral por Juan Pablo II, que se caracterizó por su condena frontal contra la injusticia y la represión institucionalizadas sin que por ello fallara en sus críticas a los movimientos revolucionarios, a los que alaba su entrega a la liberación popular pero a quienes reprochaba sus posturas ideologizadas y algunas de sus prácticas poco humanas.

Esta parte de la Iglesia no es muy amplia, pero ha sido y es cualitativamente muy importante. No gusta a las nunciaturas, no gusta al CELAM, pero es tolerada, al menos, por algunos obispos y es impulsada por comunidades de base, por teólogos de la liberación, por sacerdotes y religiosos comprometidos. A veces algunos miembros de la Iglesia que pertenecen a esta dirección se sobrepasan en su identificación con los movimientos revolucionarios y en su falta de crítica frente a los mismos. Pero estos posibles excesos no invalidan la posición de otros muchos que quizá no sigan los dictados de la prudencia política y de los intereses institucionales pero que sí siguen los impulsos de la fe y la inspiración del Reino de Dios. Esta es la Iglesia perseguida, que ha tenido un Obispo mártir, decenas de sacerdotes y religiosos asesinados, centenares de catequistas y delegados de la palabra muertos, torturados, encarcelados, desaparecidos. Esta es la Iglesia que ha conmovido e interpelado al mundo, la Iglesia que ha causado escándalo a los poderosos y esperanza a los humildes.

Es esta parte de la Iglesia la que suscita la cuestión de la Iglesia popular y a la que a veces se le acusa de sembrar la división y el conflicto dentro de la institución eclesial. Este problema por su importancia en la Iglesia centroamericana merece un apartado especial.

3. Iglesia popular, Iglesia de los pobres y conflicto eclesial

Esta parte de la Iglesia que tipificábamos en el párrafo anterior como más comprometida con los pobres y con la causa popular suele llamársele peyorativamente Iglesia popular, término poco grato a Puebla y a Juan Pablo II. Entienden sus críticos que la Iglesia popular se contrapone a la jerarquía, está infiltrada por la lucha de clases y se identifica en exceso con la labor política de los movimientos revolucionarios. Indudablemente hay algunos miembros de la Iglesia que en una u otra medida caen bajo esas acusaciones, pero sería del todo injusto descalificar a quienes tipificábamos en el tercer grupo como incur-sos en esos defectos. Por eso para evitar equívocos es mejor hablar de una Iglesia de los pobres que de una Iglesia popular, pues la Iglesia de los pobres fue reclamada muy apremiantemente en el Vaticano II por el cardenal Lercaro y otros, en seguimiento del propio Juan XXIII quien consideraba esa expresión como un excelente ideal para toda la Iglesia. Por otro lado la opción preferencial por los pobres, tan clara en Medellín y Puebla, obliga a cambios importantes en la autocomprensión del ser y de la misión de la Iglesia.

La Iglesia de los pobres, considera a éstos en su pobreza material como lugar óptimo de santificación y de evangelización, ve en ellos uno de los lugares privilegiados para el encuentro de Jesús y para el discernimiento de la tarea histórica que le compete a la Iglesia, proclama la anterioridad del Reino de Dios sobre la institucionalidad eclesiástica, rechaza las sucesivas mundanizaciones que han afectado a la Iglesia en su peregrinaje por el mundo occidental capitalista, se pone realmente al servicio preferencial de las mayorías populares en sus tareas liberadoras... Nada de esto niega el carácter jerárquico de la Iglesia aunque a veces implique críticas serias al modo de ser y de actuar de la jerarquía; nada de esto supone un magisterio paralelo aunque sí el ejercicio del deber y derecho eclesial de la profecía y de la puesta en común del carisma propio; nada de esto supone el ser infiltrados por el marxismo aunque se utilicen elementos del análisis marxista como otros utilizan elementos del análisis capitalista sin que por eso sean tildados de todos los males que acompañan históricamente al capitalismo; nada de esto supone ruptura con la necesaria institucionalidad de la Iglesia, aunque se subordinen los elementos de esta instituciona-

lidad a valores más profundos y más afines al Jesús histórico, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

Claro que esta Iglesia de los pobres entra en conflicto fácilmente con la realidad social circundante en Centroamérica. Entra en conflicto por lo pronto con los poderes dominantes, últimos responsables de la tragedia que afecta a los pueblos centroamericanos, sobre todo en El Salvador, Guatemala y Honduras; al contrario en Nicaragua se pone a favor de la revolución sandinista y en contra de quienes la atacan por medios violentos. Pero entra también en conflicto a veces con algunos obispos y autoridades eclesiásticas sobre todo en razón de divergencias políticas, aunque montadas éstas en un diverso modo de entender la opción preferencial por los pobres; donde esto está ocurriendo con mayor virulencia es en Nicaragua, donde las divergencias no radican últimamente en cuestiones de dogma o de moral abstracta sino en la posición que debe tomar la Iglesia ante la revolución sandinista y más en concreto ante los ataques de todo tipo que se hacen contra ella; lo cual indica que por parte y parte hay una intensa politización polarizada, que dificulta la comprensión mutua y la unidad que a veces se quiere obtener por la subordinación organizativa y administrativa.

En el fondo vuelve a salir el problema del comunismo como mal principal. Lo que favorece el comunismo debe ser condenado, no importa cuánto sirva al pueblo; lo que dificulta al comunismo debe ser apoyado, no importa cuánto pueda dañar al pueblo y a las mayorías secularmente desposeídas y marginadas. Es este enfoque el que desvirtúa el problema y el que polariza los ánimos. A esto se junta una profunda divergencia en la concepción teológica de la Iglesia. Unos acentúan en ella los aspectos verticalistas, jerarquizantes, institucionales y organizativos; los otros acentúan los aspectos comunitarios que dan al pueblo de Dios un lugar prioritario en la construcción del Reino y en la configuración de la Iglesia. Unos acentúan la ortodoxia doctrinal y la exclusividad del magisterio y los otros acentúan la necesidad del seguimiento y la urgencia del discernimiento comunitario, amén del respeto a los carismas que reparte el Espíritu según su voluntad. Unos subrayan el puesto de los Pastores que rigen a la Iglesia y otros la libertad y la madurez de los hijos de Dios que tienen un lugar propio en la Iglesia y no precisamente un lugar de "in-fantes", que no

deben hacer otra cosa que escuchar, obedecer y poner en práctica lo mandado.

Todo ello hace difícil la unidad pacífica de la Iglesia, aunque siga dándose una unidad conflictiva. El problema no es agudo en toda Centroamérica. Pero en Costa Rica empieza a tenerse miedo al impulso de los religiosos con su propio centro teológico mejor equipado que el seminario arquidiocesano. También en El Salvador pudo haber problemas y sigue habiéndolos en algunos miembros de la llamada Iglesia popular, pero hay por otra parte una buena parte de la Iglesia que podría calificarse como Iglesia de los pobres de gran vitalidad teórica y práctica, que se lleva perfectamente con su jerarquía correspondiente sobre todo en la arquidiócesis de San Salvador; incluso en las zonas controladas por la guerrilla hay una asistencia pastoral de sacerdotes y laicos comprometidos que no ven contradicción entre su apoyo a los movimientos populares y su pertenencia plena a la Iglesia, de la que aceptan jerarquía y magisterio. En Guatemala también hubo excesos que hicieron que una parte de la Iglesia popular abandonara su misión predominantemente evangelizadora para dedicarse más exclusivamente a la acción política y aun militar; se perdió con esto, lo mismo que ocurrió en El Salvador, un número cualificado de agentes de pastoral, pero en ambos países las aguas tienden a volver a sus cauces y empieza a verse la necesidad de salvaguardar la especificidad y la autonomía del servicio a la fe en la Iglesia, incluso como un servicio indispensable a la causa histórica del pueblo. Es en Nicaragua, repito, donde las cosas están más álgidas, pero incluso en ese país no se ve intento alguno por quienes entienden más exigentemente lo que significa la opción preferencial de los pobres de dividir la Iglesia o de constituir otra Iglesia paralela; quienes mantienen esa opción más exigentemente son en su mayor parte hombres de Dios, hombres de Jesús y hombres de Iglesia, por lo cual la acritud del conflicto no debe atribuírsele a ellos de modo principal. Es cierto que Juan Pablo II recordaba a este propósito la necesidad de la unidad y de la unidad en torno a los obispos, pero el mismo Juan Pablo II reclamaba ante todo la unidad entre los mismos obispos -punto en que no siempre ha sido excelente la jerarquía centroamericana (recuérdense las tensiones de los obispos salvadoreños contra Monseñor Romero y contra Monseñor Rivera)- y también que los obispos sean verdaderos obispos, como exige de ellos el Vaticano II, Medellín y Puebla, así como la gran tradición de la

Iglesia. A veces se busca la causa de la desunión donde no está y entre quienes no son sus promotores.

Tales son algunos de los rasgos principales que definen la situación de la Iglesia en Centroamérica. En los últimos diez años ha tenido momentos y sectores refulgentes que han causado la admiración y hasta la imitación de la Iglesia universal: la pobre Iglesia centroamericana de tan escasos recursos fue tomada por el Espíritu y se convirtió como la pequeña Belén en lugar de salvación universal. Ha tenido también momentos de timidez, de pasividad, de retroceso. Hoy se encuentra un tanto vacilante al tratar de responder a unos desafíos históricos tan complicados y tan internacionalizados con recursos débiles. Aunque el espíritu es fuerte, la carne es débil; aunque no falta la inspiración y la fuerza de Dios, los recursos humanos tan necesarios para las tareas históricas están por debajo de la importancia de la misión. Y lo que es peor un cierto miedo se está apoderando de ella y conduciéndola a través de cautelas sin fin, sobre todo en la formación de los seminaristas y en la supervigilancia de las iniciativas, a ciertas formas de involución innecesaria.

